

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El confesionario.—Cristianos y herejes.—La caridad.—Pensamientos.

EL CONFESONARIO.

Entre las buenas comunicaciones que tenemos el placer de escuchar, dadas por un médium parlante que nos merece completa confianza, porque le conocemos hace algunos años antes de que se hubiese desarrollado su mediumnidad, la que rechazó obstinadamente durante mucho tiempo, uno de los relatos que más nos han impresionado fué el que le oimos últimamente, dado por el espíritu de un joven sacerdote que no hace muchos años dejó la tierra, siendo su muerte tan sentida de propios y extraños, que su pérdida se ha considerado irreparable. No decimos su nombre, porque somos opuestísimos á dar publicidad al nombre de los espíritus; basta que contemos el hecho, que la personalidad del autor no hace falta, mucho más siendo tan difícil la identificación de los espíritus, y cuando se corre más riesgo de equivocarse es cuando se trata de un nombre ilustre en las artes, en las letras, en las armas, en las ciencias ó en la teología. Le es tan fácil usurpar un nombre á los espíritus, que por esto únicamente solemos creer en la identidad de tal ó cual espíritu familiar cuyo nombre sea completamente insignificante, que no inspire ningun deseo de poseerlo; entonces es cuando decimos: «Todo parece estar conforme para hacernos creer que Fulano está entre nosotros»; pero cuando se conjetura, por lo que dice el espíritu, por las aclaraciones que dá, que es tal ó cual personaje histórico, entónces nos guardamos muy bien de asegurar y exclamar con júbilo: «Ha venido el sábio A ó el sábio X;» lo que hacemos en casos semejantes es enmudecer y analizar, y si el mismo espíritu se comunica varias veces, hacemos comparaciones y deducimos quién podrá ser, pero nunca diciendo á voz en grito si ha venido Salomon ó Pitágoras; siempre tememos equivocarnos: lo que sí solemos hacer es referir la buena enseñanza que nos han dado, considerando que lo de más valor es el milagro, y lo de ménos valía es el nombre del santo.

El espíritu de quien vamos á referir un hecho perteneció al ultramontanismo, y sin duda fué una de las violetas que ha tenido la Iglesia romana, cuyo clero, si bien no se ha distinguido en su mayoría por sus ascéticas virtudes, no por esto se puede negar que ha tenido hombres virtuosos y eminentes por su sabiduría: si así no hubiera sido, la religion romana hubiese caído en el abismo hace muchos siglos; y aunque Voltaire decia: «Nuestros curas no son lo que el pueblo ignorante se imagina; nuestra credulidad constituye toda su ciencia», á pesar de esta afirmacion, sacerdotes ha habido, y los hay, dignos de toda consideracion y del

más profundo respeto. Entre tantos espíritus, entre tanta diversidad de aspiraciones, tiene que haber de todo; podrá dominar una tendencia dada; pero sus excepciones tiene que haberlas, y sin duda alguna una de ellas fué el sacerdote cuyo espíritu dió la comunicacion que tenemos el placer de transcribir. ¿Qué nos importa el nombre? Ya sea el cura de humilde pueblecillo ó el prelado de la gran ciudad, fué en la tierra un buen sacerdote. ¡Lastima que no tenga muchos imitadores!

Decia así:

«Pocas palabras vengo á deciros; pero antes de separarme de vosotros, pues por ahora no os volveré á dirigir la palabra, y segun creo nunca más me acercare á estos lugares, antes de irme de este paraje, quiero hablaros del confesonario, lugar que ocupé varias veces en la tierra, si bien en contra de mi voluntad, porque siempre he creído que el hombre tiene su pensamiento para dirigirse á Dios, y que ningun pecador está autorizado para juzgar culpas que él puede cometer. Si condena, comete un error; si absuelve, se coloca dentro del absurdo; por esto, yo, creyéndome uno de tantos pecadores, me eximí cuando pude de sentarme en el tribunal de la penitencia; pero como tuve que obedecer á órdenes superiores, me senté por primera vez en el confesonario en una iglesia de Madrid, en la cual yo habia predicado repetidas veces, siendo escuchado por un numeroso y distinguido auditorio, cuyo profundo silencio me demostraba que mi voz encontraba eco en aquella inmensa multitud; que la iglesia, hipócrita en todo, hasta para mostrar su admiracion los fieles, tiene que hacer lo contrario de lo que ordena la ley natural. El hombre, cuando siente, aplaude, se entusiasma y demuestra su admiracion con ruidosos ademanes; pero dentro de la iglesia tiene que callar, como si fuera un delito sentir.

»Dentro de los templos se ahoga el sentimiento. ¡Pobres religiones las que la ponen una mordaza al corazon!

»Sentado en el tribunal de la penitencia me preguntaba á mí mismo lo siguiente: ¿Qué fuerza superior (moralmente hablando), me distingue de los demás hombres? Ninguna; me veo tan pequeño como el último pecador. Pues entonces, ¿por qué ocupo este lugar? ¿Por qué me convierto en juez siendo tambien delincuente! Porque me lo ordena mi religion. Pues tengo que confesar que mi religion es absurda. ¡Triste cosa es cuando el hombre es más grande que el ideal que sustenta!

Entregado á mis reflexiones estuve largo rato, hasta que ví llegar á un anciano pobremente vestido, que se postró ante la regilla del confesonario y me dijo con voz pausada:

»—Dios le guarde, Padre; deseo confesarme con vos.

»—¿Conmigo?—le dije.—Es que yo soy muy jóven, y parecería más natural que yo me confesara con vos en vez de confesaros conmigo. ¿No le parece más lógico que el jóven pida consejos al anciano?

»—Sí, señor, que me parece, contestó el viejo; tanto es así, que son contadas las veces que me he confesado, esta es la segunda, y las dos han sido por orden superior; la primera, cuando me casé, por ser este requisito de apremiante necesidad, y hoy lo hago á ruegos de mi hija.

»—¡De su hija!

»—Sí, señor; yo tengo una hija que es mi Dios en la tierra, la quiero con tal delirio, que su más leve deseo es una orden para mí. ¡Es tan buena, tan sufrida, tan resignada, tan virtuosa! Es el báculo de mi vejez, es mi alegría; sin ella, hace mucho tiempo que habiera dejado de existir, abrumado por el peso de mi desventura: pero con ella, animado por su dulcísima sonrisa y sus consoladoras pa-

labras, voy cruzando el áspero sendero de mi vida, pidiendo á Dios que derrame sobre mi amada hija sus bendiciones. Alguien nos dijo que habíais llegado á Madrid; y como su nombre viene precedido por la fama de buen predicador, mi hija quiso oírle y vinimos á esta iglesia para escuchar sus sermones, que, como ya sabreis, merecen general aprobacion. Mi hija te escuchó á V. atentamente, y despues de oírle repetidas veces me dijo así:

»Padre mio, quiero que vayas á confesar con ese gran orador; estoy segura que ese hombre es distinto de los demás sacerdotes, en él no hay formalismo; no hay rutinarismo, comprende la religion en su verdadero sentido, y la religion pura consuela mucho, padre mio; y tú que tanto sufres, necesitas escuchar una voz que te aliente: créeme; cuéntale tus penas y pídele consejo; y por complacerla, por eso he venido, os lo confieso ingénuamente, porque para mi ninguna religion me hace falta. Nací pobre; luché con la miseria cuanto un hombre puede luchar; despues de mil penalidades, me creé una familia, y para ella han sido todos mis afanes. Yo rezo besando á mis hijos; y trabajando para mantenerlos mi mundo es mi casa; no me acusa la conciencia de haberle hecho daño á nadie, y si tengo algo que echarme en cara, es amar á mi hija sobre todas las cosas de este mundo; me parece sábia entre los sábios, buena entre los buenos, la creo superior á las demás mujeres, estoy orgulloso de que sea mi hija, y me complace pedirle consejo en todos mis apuros; por esto nunca me han hecho falta los guías espirituales, porque en mi hija he tenido siempre un buen confesor.

»—El mejor que podias tener—le dije.

»—¿Tambien lo creéis así? cuánto me alegro.

»—Sí, tambien creo que la familia es la *tierra prometida*, es la *Jerusalen libertada*, es el *paratso bíblico*, es el *eden del profeta*, es la palmera en medio del desierto; es la fuente de agua cristalina, es todo lo más bello, todo lo más puro, todo lo más grande que puede encontrar el hombre en este valle de lágrimas! Crearse una familia es obedecer al mandato de Dios; amarla es practicar la ley de los ángeles. ¡Dichosos de aquellos que al morir saben que sus hijos cerrarán sus ojos!

»El buen hombre me miraba atónito, preguntandome con sus significativas miradas. «¿Y por qué no te la has creado tú?» Yo le comprendí y le dije:

»¡Ahí vereis los misterios de la vida! Yo sé dónde está el verdadero progreso del hombre, y sin embargo..... ¿qué quereis? Si todos los pasos que damos fueran acertados, el paraíso de las religiones estaria en la tierra. Vos, que pasareis en este mundo completamente desapercibido, habeis tenido mucho más talento que yo, que paso por ser una celebridad. Vos teneis en vuestra casa un templo donde adorais á Dios practicando su ley, y yo soy uno de sus ministros y no tengo templo donde adorarle. En las catedrales, el alma siente frio; sólo junto á la cuna de un niño es donde está el calor de la vida. Id, buen anciano, id al lado de vuestra hija, y decidle que una jóven virtuosa y de clara inteligencia puede servir de confesor á su padre. Seguid viviendo como habeis vivido, y no busqueis religiones, puesto que vos practicais la verdadera religion.

»El anciano me saludó y se alejó satisfecho, quedándome yo sumido en honda meditacion. La hija de aquel hombre se presentó á mi mente con todos sus encantos, con su claro raciocinio, con sus revelantes virtudes; la admiracion de aquella jóven hácia mí me conmovió, y antes de entregarme á ese dulce sentimiento que se llama amor, puse entre ella y yo muchas leguas de distancia; al dia siguiente marché á Paris, pero su recuerdo vivió en mi memoria.

»Amé á un sér que nunca ví, pero mi amor fué casto, mi amor fué puro como la sonrisa de un niño.

»La segunda vez que me senté en el confesonario, una mujer de la alta aristocracia vino á contarme como deshonraba el nombre de su marido. Yo la escuché sin desplegar los labios, y cuando concluyó su relacion la dije: «Yo no puedo absolveros, pero sí puedo imponeros una penitencia; id y decidle á vuestro esposo lo que me habeis dicho, y si él os perdona, venid y os perdonaré; pero mientras no perdona el ofendido, yo no puedo sentenciar una causa en la cual no he tenido parte activa.

»¿Pensáis que quedais libre de pecado por que un hombre extraño á vuestra familia os perdone vuestras culpas? Estais en un error, debe perdonaros vuestro marido, que á ese es á quien ofendeis, debe perdonaros vuestro padre, á quien deshonrais; deben perdonaros vuestros hijos, á los cuales dais mal ejemplo; confesaos con vuestra familia, que solo á sus individuos pertenece absolveros ó condenaros.

»¿Os pueden perdonar aquéllos que son los agraviados? Nó? pues entónces, señora, no vengais al confesonario; que si yo os absuelvo es por pura fórmula. Aprovechad mejor vuestro tiempo, que no sabeis si mañana se cortará el hilo de vuestra vida.»

»La altiva penitenta me miró y se alejó cubriéndose el rostro con su velo, y yo pocas veces más me senté en el confesonario; para mí era un lugar de tormento, y cuando miro vuestros templos sombríos, sus confesonarios me parecen garitas que guardan centinelas muertos; pues dado el adelanto de los libre-pensadores, el confesor pertenece á la leyenda, es una figura arrancada del tapiz de la tradicion, que tuvo razon de ser en otros siglos, pero no en el presente que los terrenales han comprendido que llevan en su frente un destello divino: la inteligencia, el yo pensante. Hoy son muchos los filósofos que buscan el porqué del porqué, y el confesor es un cero que, puesto á la izquierda de la suma social no tiene valor alguno. Yo así lo presentia; por esto, aun que pertenecia á una religion rutinaria rechacé esta fórmula, por creerla contraria á la ley natural. ¡Hombres que os habeis creado una familia! cuando vuestra esposa os hable de ir á confesar, id con ella, y en union del sacerdote, escuchad su confesion; que á nadie más que al marido interesan los secretos de la que lleva su nombre!

»¡Padres de familia; sed vosotros los confesores de vuestros hijos; no permitais que busquen su mentor fuera de su hogar; sed vosotros sus maestros, sus consejeros, sus hermanos, sus compañeros, unid, unid y nunca desatad!

»La familia es el lazo de Dios; es la alianza del hombre con el progreso; es la imájen de la felicidad! Me alejo de vosotros quizá para siempre; no olvidéis mi consejo; no os acerqueis á los confesonarios, que son garitas de centinelas muertos, dejadlos, no los despertéis de su letargo, que ciertas instituciones, cuando se entregan al sueño conviene que no despierten.

»Entregaos al océano de la nueva vida; lanzaos en las aguas del libre exámen, y adorad á Dios en la Naturaleza, ¡único templo digno de su gloria.»

¡A cuántas consideraciones se presta esta comunicacion! que en armonía está con la sana lógica! Nosotros tambien creemos que los padres de familia son los mejores confesores de este mundo: tanto es así, que nunca nos hemos acercado á un confesonario, porque los hemos conceptuado como vestigios de otra edad; pero sin vida propia en el presente. En el siglo de la luz y del movimiento, la confesion no tiene razon de sér.

AMALIA DOMINGO Y SOLEB.

CRISTIANOS Y HEREJES.

Vivimos para pensar; y necesitamos pensar mucho, para comprender algo de esa vida ficticia que nos rodea, llena de escollos y salpicada de infinitas turbulencias.

Hay algo en nuestro modo de sér que nos induce al exámen de las cosas; algo que muchos llaman curiosidad, cuando tan solo es la fuerza gigante de la lógica empujándonos inconscientemente al progreso.

Las ideas, son el eterno combustible del cerebro con el cual toma incremento el fuego de la inspiracion, saliendo de esta preciosa llama, divina é inextinguible, si se trata de la verdad, luminosas chispas transformadas en antorchas para alumbrar á los pueblos en la noche interminable de los errores.

La Historia, nos habla del Cristianismo como de la única redencion humana, y al reseñar á los herejes, los pone en tan detestables condiciones, que, en vez de narradora fiel de los hechos, parece convertirse en Juez acusador de éstos y Abogado defensor de aquellos.

La ignorancia, ciego instrumento de las inteligencias, ha dado en construir pedestales á los cristianos y abrir tumbas á los herejes, diferenciando á los unos de los otros, en la forma tan solo.

La ignorancia, dice: Los cristianos deben vivir de la fé, sin escudriñar los arcanos de Dios; deben cumplir con los preceptos de la Iglesia, sin exceptuar uno; han de tener un director espiritual con el cual consulten los actos más trascendentales de la vida y confien á menudo sus faltas, para quedar limpios de toda marcha; la mujer, se ocupará en los quehaceres domésticos sin mezclarse jamás en los asuntos de los padres ó esposo; educará á sus hijos en el santo temor de Dios, cuidando por todos los medios no lleguen á sus manos libros heréticos ó sean los que no estén revisados por la censura eclesiástica; todos los que no practiquen dichos preceptos, están excluidos de la Iglesia Católica y no pueden entrar en el reino de los cielos, pues, los herejes, son mal nacidos ó hijos del diablo, cuyas almas van al infierno para arder eternamente.

Y, nosotros, decimos: ¿Cómo pudo ser el Cristianismo la redencion humana, si al cabo de tantos siglos que impera, vemos á la mayoría de la humanidad aberrojada por el atraso moral é intelectual? ¿Se redime á los pueblos levantando costosos templos para adorar en ellos esculturas de más ó menos mérito, á quienes dan el nombre de santos? ¿Se les redime inventando milagros de vírgenes que lloran, peces que acuden á la orilla del mar para adorar la *sagrada forma*, cristos que les crecen las barbas y otras mil patrañas por el estilo que constituyen el máximum del fanatismo? ¿Se les redime con las comunidades religiosas de ambos sexos.

No, y mil veces no. El Cristianismo, tal como lo practican los hombres, no es la moral de Jesús; pues, si antes de aparecer, gemía la humanidad bajo el peso de la barbárie, hoy, en cambio, yace fanatizada; deduciendo de ahí, que, esa redencion de que nos habla la Historia, es tan inexacta como la moral practicada en la actualidad por los cristianos.

Nosotros, librepensadores y racionalistas, pertenecemos sin duda al último grado de la herejía, más á pesar de ello, hemos estudiado la moral de Jesús y, al compararla con la de los cristianos, hallamos tan notoria diferencia, que hasta el título nos parece una usurpacion. Y ¡cosa rara! corriendo en pos del análisis, hemos visto que la moral de los herejes está más en armonía con el Evangelio de Jesús, porque éste dijo: «Ama al prógimo como á tí mismo. Lo que haga tu mano derecha, que no lo sepa

tu izquierda. Mira en la mujer á tu compañera, no á tu esclava. Perdona y serás perdonado,» con lo cual quiso decir, debíamos amar á nuestros semejantes sin distincion, por ser todos hermanos y pertenecer á la familia universal; no hiciéramos la caridad á son de trompeta, por ser vana, la cual humilla á quien la recibe y degrada á quien la efectúa; que la mujer es un ser inteligente como el hombre y no es justo se la relegue á los trabajos rudo, pudiéndola educar y tomando parte en los actos de su compañero, para que tanto á los ojos de la sociedad como en el lazo de la vida conyugal, no existan verdugos ni victimas sino amigos íntimos donde reine la fraternidad; y, finalmente, que la tolerancia en las faltas ajenas, ha de ser nuestra norma demostrando nobleza en cuantos actos ejecutemos, pues según la semilla sembrada, así sería el fruto cogido; y cuyas máximas, precisamente, tienen la mania de esparra-
mar de polo á polo los titulados herejes.

Jesús amó á los niños, y, al amarlos, hendió la familia por ser ésta el símbolo de amor en la Tierra; más no dijo se crearan comunidades en las cuales se ahogara el sentimiento postergando á la familia; y, sin embargo, los cristianos más acérrimos, tienen en gran estima el encerrar á sus hijos en estrechas celdas donde los ayes del infortunado no se oyen, el corazón se petrifica, los sentimientos más nobles se adormecen, las ideas se paralizan y el espíritu ciega por completo á la luz de la razón, destruyendo así el sagrado lazo de la familia formada por el amor de los esposos, arrullada por la dulce melancolía de los niños, los cuales, entre angelicales sonrisas, miradas elocuentes y el puro lenguaje de la inocencia, inundan el hogar de esa alegría semidivina comprendida tan solo por los padres, adivinada por los poetas y contemplada con santo recogimiento por el filósofo. Al apartarse de este Edén, al huir de conjunto tan armonioso, forman grupos detestables, verificando desposorios risibles en los cuales la mujer se *casa* con Cristo y el hombre se endiosa con María.

Este es el fruto que nos ofrece el Cristianismo: errores, fanatismo, ignorancia y una instruccion opresora donde, por miras egoistas, se le pone límites á la inteligencia.

En cambio, los herejes, dan impulso á los adelantos del siglo; derrumban la ignorancia y fomentan la ilustracion; disipan las nieblas del fanatismo y dejan ver el sol de la realidad con sus vívidos resplandores; arrancan la máscara á los hipócritas y presentan á la lógica majestuosa y pura; aman á la familia, respetan á la mujer, desean su engrandecimiento y procuran sacarla de los brazos del oscurantismo, porque son las cadenas del embrutecimiento.

Los herejes proclaman en alta voz la instruccion laica, porque, dicha enseñanza libre como el ambiente que respiramos, no está sujeta á errores ni fanatismos, sino que, por el contrario, viene á establecer la fraternidad humana, donde todas las razas sin distincion de clases ni creencias, aprenden la moral universal, inculcando desde la niñez el verdadero compañerismo y desterrando oportunamente el odio y la venganza é ilustrando á la mujer como no se la ha ilustrado jamás.

Los herejes, van á Dios por la caridad y la ciencia; los cristianos, por el camino de la ignorancia y el fanatismo.

Los herejes, quieren la actividad del Progreso, el día sin noche de la civilizacion, la cátedra del estudio, la gloria del trabajo, la constancia del heroismo y el cielo de la libertad, para que cada individuo de por sí vaya al laboratorio infinito de las ideas y escoja de ellas las que su razón le dicte. Luego, si bien analizamos, los herejes deberían llamarse cristianos y los cristianos herejes; más como el verdadero racionalista no da valor al nombre, poco importa le den este ó aquel, pues siendo todos hermanos, debe mirar por ellos como á sí mismo.

Los **HEREJES** de la siempre heroica Zaragoza, dos años ha próximamente fundar on

las Escuelas Laicas de ambos sexos: á costa de mil sacrificios y salvando infinidad de escollos, se dá en ellas una vasta instrucción, de la cual las familias, en particular, y la sociedad, en general, recogerán mañana ópimos frutos; y hasta los cristianos más fanáticos, esos enemigos de la civilización capaces de establecer (si pudieran) una Inquisición en cada calle para torturar á los librepensadores, no dudamos sabrán aprovecharse de cuantos adelantos existan, aunque estos vengan de parte del *diablo*, poderoso inspirador de los herejes. Mas no importa, efectúese el bien, prodíguese este en todos sentidos, y, así como el Sol nos alumbra, sin excepcion, sembremos la buena semilla y utilícese quien primero llegue.

Nuestro credo, es el amor universal; nuestro dogma, el progreso indefinido; nuestro templo, la Creación; nuestra *virgen*, la ciencia; nuestra biblia, la familia; nuestro Dios.... ¡ha! nuestro Dios, no lo podemos definir, no le conocemos; pero le comprendemos en todo cuanto se agita á nuestro alrededor, desde la sencilla flor del campo, hasta los mundos sin número que giran en el espacio: le sentimos en la conciencia, le adoramos con el alma y nos dirigimos á Él por medio del trabajo, sin el cual no tendríamos vapor, electricidad, canales, vías-férreas, telégrafos, ateneos ni escuelas laicas.

Este es nuestro Dios, el Dios de la verdad, el Dios de la lógica, presentido por la humana inteligencia, pero imposible de definir por ningún sábio de la Tierra, pues únicamente podemos decir que todo en el Universo está lleno de Dios.

CÁNDIDA SANZ DE CASTELLVÍ.

LA CARIDAD

Cuando posa el dolor sus negras alas
En la fren'e de séres desgraciados;
¡Cuán bello es el placer que experimenta
El que puede ahuyentarlo!

—
Cuando vemos al infeliz mendigo,
Pálido, tembloroso y estenuado
Acercarse con paso vacilante
Caridad implorando.

—
Cuando un «por Dios, hermanos; una limosna»
Cual un lamento brota de sus labios;
¡Qué ventura tan grande siente el alma
Al tenderle una mano!

—
Cuando en los dias frios del invierno
Yace junto á una puerta acurrucado
El pobre niño, sin hogar ni padre,
Rendido de cansancio.

—
Y que al ver otros niños que sonrien
Los contempla vertiendo amargo llanto,
¡Qué dicha siente el sér que se aproxima
Y le estrecha en sus brazos!

—
¡Más ay de aquellos que al dolor no rindan
Este culto tan bello y tan sagrado!

Que tiemble en su altivez el orgulloso,
Y en su lecho el avaro.

El rico de hoy es pobre de mañana,
Y el mendigo tal vez un potentado;
El que hoy habita miserable choza
Quizá more un palació.

Es preciso sufrir con los que sufren,
Y endulzar con cariño su quebranto:
Y al prestar nuestro apoyo al desvalido
Llamarle nuestro hermano

«Caridad», dijo Dios; y en el momento
Una aérea vision hendió el espacio:
Sus alas desplegó... ¡feliz mil veces
Quién la encuentre á su paso!

.

Sílfide envuelta en gasa vaporosa
Y circundada de celeste llama,
Junto al que sufre acude presurosa;
Resbala el llanto por su faz hermosa.
¿Por qué llora? ¿quién es? ¿cómo se llama?

Todo ante su mirada se ilumina;
Su voz embarga el corazón del hombre;
Tan solo ante el dolor su frente inclina,
¿Quién es esta vision pura y divina?...
Reconocedla y bendecid su nombre.

Arpa sonora, fuente de consuelo;
Astro divino que en el orbe gira;
Angel que á morar vino á nuestro suelo
Y que protege al triste que suspira.
Rayo de luz grandioso, que del cielo
Bajó á la tierra: estrella que se admira
Y se eleva hasta Dios: sublime idea;
Esta es la caridad. ¡Bendita sea!

LEONOR RUIZ DE CARABANTES.

PENSAMIENTOS

La resignacion utópica mata, la resignacion racional vivifica.

Las verdades, han quedado ocultas, bajo el cielo de las religiones.

La supersticion, ha ocultado las verdades del Cristianismo.

La humanidad, del árbol de la verdad, no coge más que las hojas secas, que son las religiones con sus dogmas y sus ritos.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 10.